

para que en él compensen todas las condescendencias, grandes y pequeñas, que han usado con sus caprichos y veleidades, por medio de sufrimientos angustiosos, continuos y prolongados. Y luego que se hayan purificado completamente, volarán al Cielo a recibir su corona, en sí muy grande, pero muy pequeña y muy pobre en comparación de las coronas que recibirán los que han sido más esforzados y no han vivido como ellos, sin trabajos, sin luchas, sin un amor de Dios generoso y magnánimo.

*Enrique.*— Veo, Señor, que muchos dejan la roca y caen en la red, mientras que otros se escapan de la misma red, escuálidos y macilentos como si salieran del sepulcro. ¿En qué consiste esta diferencia?

*Jesucristo.*— En esta roca no pueden permanecer los que consientes en pecado mortal. El hastío y la tibieza los hacen desfallecer continuamente y vuelven a sus vicios y malas costumbres, y por eso caen de la roca. Los que salen de la red son los que se arrepienten, dejan de corazón el pecado y huyen de los lazos del demonio. Están pálidos y macilentos porque, aunque están arrepentidos, no se han confesado todavía. Con la confesión de sus pecados recobrarán la mirada tranquila y el rostro colorado que tienen los demás moradores de esta roca.

*Enrique.*— ¿Y qué hacen Señor, todos estos jóvenes que saltan de la roca riendo y retozando, y que van a caer en la red?

*Jesucristo.*— Acuérdate de los peces del mar de la montaña. Cuando las aguas caían de las rocas del valle, con ellas caían también los peces, y se dispersaban por los ríos y por el mar. Estos jóvenes son todos los cristianos que al llegar al uso de la razón no se convierten a Dios, sino que pierden la sencillez de su corazón para entregarse al demonio, que desde aquel momento es su señor y su guía que los induce a todos los engañosos placeres del mundo.

A medida que pasan sus años aumenta su esclavitud, y luego les es muy difícil y muy penoso volver a su principio, que es Dios, porque no han conocido en esta vida más bienes que los sensibles y perecederos.

*Enrique.*— ¿Por qué, Señor, me lleváis a lo más lejano del globo, y qué monstruo es el que veo allí cargado de cadenas? Es tan temible y espantoso, que bien pienso podrá destruir el mundo entero.

*Jesucristo.*— Aquel monstruo infernal es Lucifer. ¡Oh! si lo vieras como es, no podrías sufrir su aspecto aunque fueras mil veces más valiente de lo que realmente eres.

De buena gana encadenaría él a todos los hombres, si no se lo impidiesen las almas virtuosas y santas, que nunca faltan en mi Iglesia.

Así, ni a los habitantes de la roca primera puede su- byugar, si ellos voluntariamente no se someten y se apartan de Dios y de su gracia.

No obstante, el demonio tiene las grandes ocasiones y facilidades para engañarlos, pues viven absortos en los asuntos e intereses mundanos, aman los honores, buscan los placeres de la naturaleza, del alma y del cuerpo, y, en consecuencia, están muy cerca de caer en la red y en las cadenas del demonio, por más que tenga el propósito de cumplir fielmente la ley evangélica huir siempre del pecado mortal.

La desgracia de estos hombres está en que no quieren domar la naturaleza y someterla al espíritu ni renuncian a su voluntad y a su propio juicio, ni toman nunca a pecho el adelantar en el camino de la vida espiritual.

*Enrique.*— Tales personas, Señor, no deben conocer la paz verdadera que se encuentra en Vos.

*Jesucristo.*— La paz y el gozo son frutos del Espíritu Santo y nadie puede disfrutarlos si antes no se abandona en todo su corazón en manos de Dios. Quien desee evitar las penas y desazones interiores de cada día y llegar a la

verdadera paz y alegría, debe empezar por luchar con la naturaleza y domeñarla.

## CAPITULO III

### En la roca segunda

Luego fue Enrique llevado a la segunda roca, que era mucho más hermosa y agradable que la primera.

Sus moradores tenían el rostro tan resplandeciente y espléndido que apenas se les podía mirar sin deslumbrarse. Su vida era mucho más pura y más espiritual que la de los moradores de la roca primera, pero eran mucho menos numerosos.

De vez en cuando subían algunos de la primera roca a la segunda, y otros descendían de la segunda a la primera. Entonces preguntó el Bienaventurado al Señor.

*Enrique.*— ¿Qué significan esos tránsitos de una roca a otra, y cuáles son las condiciones de esta nueva estancia?

*Jesucristo.*— Esta roca es una morada más santa que la anterior. Los que en ella viven son más austeros y practican ejercicios de piedad más elevados.

Siempre hay algunos en la roca primera que caen en la cuenta de lo peligroso de su vida, y obedeciendo al impulso de la gracia, dejan la vida que llevaban y suben a la roca segunda para vivir con más seguridad y más apartados del mundo.

A la vez, hay otros en la roca segunda a quienes el demonio tienta con fuerza, y les hace pensar que no podrán continuar siempre practicando el bien, ni vencerán muchas veces las mismas dificultades; quieren volver a la

roca primera, y el diablo los lleva al lugar en donde estaban al principio.

*Enrique.*— Estoy encantado con los que permanecen siempre fielmente sobre esta roca: ¿quiénes son?

*Jesucristo.*— Son los que han dominado su naturaleza, han despreciado generosamente las promesas del siglo, han renunciado a su propia voluntad, y han elegido un confesor docto por cuyos consejos y dirección se han guiado, como si fueran consejos del mismo Dios.

*Enrique.*— ¿Están éstos muy próximos a la perfección?

*Jesucristo.*— Viven aún muy lejos de su primer principio, que es Dios. Para unirse a El perfectamente y subir a la cumbre de la montaña, han de escalar primero una por una todas las rocas superiores.

*Enrique.*— Señor, ¿también a estos puede engañar y atormentar el demonio?

*Jesucristo.*— También puede hacerles daño con su astucia y artes diabólicas. Teme que todos se le escapen, y cuando ve que algunos adelantan en la vida espiritual, llega a persuadirlos de que son de complexión orgánica débil y que deben moderar sus asperezas, pues Dios no manda imposibles. Poco a poco los va engañando.

Sin que ellos se aperciban, les va enfriando y endureciendo el corazón. Luego los exhorta a confiar y descansar en la misericordia divina, fiados en que ellos han hecho ya lo bastante renunciando al mundo y con él a muchos y prolongados placeres que les hubieran sido ilícitos; y una vez que les ha inculcado esta vana complacencia de sí mismos, llega a convencerlos de que no necesitan dirección y consejos de otros; de este modo llegan a creer y confiar en sus propios méritos hasta la hora de la muerte.

*Enrique.*— ¿Y cómo sus confesores no les hacen ver los ardides del tentador? ¿O es que tampoco ellos los conocen?

*Jesucristo.*— Los amigos de Dios y los confesores cono-



cen muy bien estas tentaciones del demonio; pero temen que si los reprende con severidad se les huyan del buen camino, y se precipiten por sí mismos en la red, y sea todo completamente perdido.

Dios quiere a los habitantes de esta roca más que a los de la inferior, porque viven con más santidad, saben dominar la naturaleza, y están más cerca de su origen y principio, que es Dios.

También en el Purgatorio serán sus tormentos más llevaderos, y en el Cielo recibirán una corona mayor y más preciosa. Ya te he dicho, sin embargo, que para ser perfecto es necesario escalar las nueve rocas.

*Enrique.*— Y Vos, Señor, ya que sois tan bueno, ¿por qué no tomáis a estas almas por vuestra propia mano, y elevándolas de pronto sobre todas las rocas, no las lleváis hasta la cumbre de la montaña de una vida santa y perfecta? Por mi parte estoy seguro de que nunca abandonáis a quien en Vos pone su esperanza y, renunciando a todas las criaturas de la tierra, os elige a Vos como amigo único y querido.

*Jesucristo.*— Es verdad; con mi gracia levanto siempre a una perfección mayor a todo el que persevera con constancia y con fervor; pero son muy raras las almas constantes y fervorosas.

## CAPITULO IV

### En la roca tercera

El Bienaventurado fue arrebatado en espíritu hasta la roca tercera, y vió que algunas personas saltaban de la roca primera, y sin detenerse en la segunda llegaban en

seguida a aquellas alturas Y pregunto al Señor:

*Enrique.*— ¿Quiénes son éstos que tan rápidamente suben las rocas y llegan a la tercera?

*Jesucristo.*— Son hombres santos, que escasean mucho en estos tiempos. Muchas veces ha habido en la Iglesia muchos siervos de Dios que se entregaban por completo a la Sabiduría Eterna, con mucho celo y con grande ánimo; que se negaban a sí mismos y a todas las criaturas frágiles y efímeras, y que se elevaban a las alturas con tanto ardor que, con la gracia de Dios, en un solo momento atravesaban todas las rocas y llegaban a la cima de la montaña pero ahora, ¿dónde está ésta raza de cristianos?

*Enrique.*— ¿Quiénes son, Señor, los que viven en esa roca? Parécenme llenos de virtudes, y su sola presencia alegra el alma.

*Jesucristo.*— Estás en lo cierto, pues éstos viven llenos de Dios, que particularmente los atiende con su gracia, y los prefiere a todos los de las rocas inferiores.

Son austeros, mortificados, dados constantemente a las prácticas interiores con las cuales esperan obtener la gloria y huir el Purgatorio en cuanto les sea posible. Como nada tienen que ver ellos con los intereses y pensamientos mundanos, son también más perfectos; pero aún están lejos de su principio, que es Dios, porque aún no están libres de las sugerencias y engaños del demonio.

Tampoco están totalmente desprendidos de sí mismos en las pocas relaciones que al mundo les unen, ni han ahogado por completo la vana complacencia de sí mismos en sus ejercicios espirituales y en sus austeridades.

Con todo eso, la generosidad con que abrazaron vida tan santa y los esfuerzos que hacen para vencer y dominar la naturaleza les salvarán, y después de un purgatorio menos doloroso, llegarán a obtener una corona de gloria mucho más espléndida.

## CAPITULO V

### En la roca cuarta

*Jesucristo.*— Levanta los ojos y mira la cuarta roca.

El Bienaventurado vio que algunos de los moradores de la roca tercera subían a la cuarta, pero que apenas habían puesto pie en ella caían de nuevo hacia abajo con tan mala fortuna, que algunos no se detenían hasta dar consigo en la red del valle, bajo la cual se quedaban. Entonces preguntó al Señor:

*Enrique.*— ¿Quiénes son aquellos que caen, y qué significa lo que estoy viendo?

*Jesucristo.*— Hay personas que por medio de una vida austera y penitente han pasado ya de las rocas primeras y han podido llegar hasta la cuarta, aunque a duras penas: y luego en seguida han sido engañados por el demonio y por la carne y vuelven desgraciadamente a sus antiguos vicios y pecados, a los placeres mundanales, a ponerse bajo el dominio del enemigo de sus almas. ¡Si vieras cuán difícil les es luego volver a subir a las alturas de donde han caído...

*Enrique.*— Señor, ¿quién es aquel hombre que sale de las redes del valle, y atraviesa rápidamente las rocas inferiores, y se posa en la roca cuarta?

*Jesucristo.*— Es un arrepentido, que ha llegado a conocer su desventura viviendo bajo las redes del demonio. Siente una pena muy honda en su corazón, y en su alma una contrición tan intensa, que de buen grado escribiera sus pecados con su propia sangre para de este modo confesarlos y satisfacer por ellos. Ha domeñado la naturaleza, se ha vencido a sí mismo, ha hecho penitencias durísimas que han debilitado sus fuerzas y mortificado su cuerpo; y Dios, viendo su arrepentimiento y el fervor de su conver-

sión, le concede gracias tan abundantes, que en espacio muy breve de tiempo ha llegado a tener la santidad de los moradores de la roca cuarta.

*Enrique.*— Veo, Señor, que habéis tenido la gran bondad de colocarme a mí también en esta roca. Estoy admirado del esplendor y santidad de los que en ella moran y desearía conocer su modo de vivir.

*Jesucristo.*— No hacen otra cosa, día y noche, más que esforzarse por dominar la naturaleza y vencerse a sí mismos.

*Enrique.*— Debéis Vos amarlos mucho, porque ya parecen perfectos.

*Jesucristo.*— Los amo mucho, de verdad; pero no son todavía perfectos, puesto que aún están muy lejos de su origen, aunque no tanto como los de las rocas inferiores.

*Enrique.*— ¿Y cómo es que el demonio puede haberse las con ellos siendo como son tan poderosos?

*Jesucristo.*— Los engaña induciéndoles a hacer algunas buenas obras con un poquito de amor propio y con una secreta complacencia de sí mismos.

*Enrique.*— No les falta, según eso, más que el que se nieguen a sí mismos.

*Jesucristo.*— Es claro. Según las gracias que de Dios han recibido, debieran morir a sí mismos y no dejarse engañar por el demonio; y con todo caen también en los ardidés de Satanás y obran el bien por amor propio y vana complacencia. Por otra parte, ya sabes que nadie puede llegar hasta Dios, que es su origen, mientras permanezca aferrado a su propia voluntad.

Y como el demonio sabe muy bien que los que se ponen en las manos de Dios sin reserva alguna, de todo corazón y con profunda humildad, reciben luego la remuneración de gracias particulares e inefables dulzuras, esfuerzase por que perseveren sirviendo a su naturaleza; y, una vez conseguido esto, fácil le es hacerles caer en impacien-



cias, en cólera y en otras faltas, a pesar de la buena voluntad con que ellos procuran evitarlas.

No puede ser que les vaya del todo bien, porque no han muerto aún a todas las cosas del mundo.

*Enrique.*— Con todo eso, los de esta roca me parecen los más perfectos y los más próximos a Dios que yo he visto en toda mi vida; decidme, ¡Señor!: ¿quiénes son vuestros amigos más íntimos y más queridos? ¿No se parecen a éstos?

*Jesucristo.*— No; porque aunque; estos poseen abundantemente mi gracia y mi amistad, el apego que tienen a su voluntad propia les priva de los singularísimos y ocultísimos favores que concedo solamente a los que son mis íntimos de verdad. Y por ese mismo apego a su voluntad tendrán que ser purificados en las llamas del Purgatorio, y su corona de gloria no será tan excelsa como la que recibirán mis amigos íntimos.

*Enrique.*— ¡Señor!, por favor, mostradme vuestros amigos felices y bienaventurados.

*Jesucristo.*— Ya los verás cuando hayas subido todas las rocas que te faltan y hayas llegado a la cumbre de la montaña. Entonces también tú te unirás a tu principio.

*Enrique.*— No pretendo tanto, Señor, pues que soy muy despreciable, desnudo de todo mérito y de toda virtud, e indigno de vuestra gracia. Pero, hágase en todo vuestra santa voluntad.

## CAPITULO VI

### En la roca quinta

El Bienaventurado tuvo entonces una visión más elevada, que le condujo en espíritu hasta la roca quinta, en

el preciso momento en que acababan de escalarla algunos de los moradores de la cuarta. De éstos, algunos volvieron a bajar en seguida que hubieron llegado, mientras que otros, los menos, permanecieron en su nueva estancia. Al ver esto, preguntó al Señor:

*Enrique.*— ¿En qué consiste el que no hayan quedado en esta roca todos los que han llegado a ella? ¿Es que no les agrada la nueva morada, o que no les gusta la compañía de los que encuentran aquí?

*Jesucristo.*— Ya ves que esta montaña es muy alta, y los que quieren subir necesitan hacer muchos y grandes esfuerzos. Todos los que a esta roca llegan y en ella permanecen sin desmayar, comienzan a entrar en el camino que los llevará a su principio y a la unión con Dios.

*Enrique.*— No me admira que sean tan amables y estén tan contentos; lo que sí me sorprende es que sean tan poquitos. ¿Quiénes son, Señor, y qué vida hacen?

*Jesucristo.*— Estos son los que han entregado a Dios su voluntad sin reserva y perseveran en la firme resolución de no guiarse en nada por sí mismos, sino dejarse gobernar en todo por Dios y por sus superiores hasta la muerte.

*Enrique.*— A éstos debéis quererlos mucho, puesto que ya han atinado con el verdadero modo de agradar a Dios. ¿No están ya cerca de su origen y de la perfecta unión con Dios?

*Jesucristo.*— Aún están lejos, y el demonio les arma lazos y hace cuanto puede por detenerlos en sus progresos, pues ve que están en el verdadero camino de la perfección.

*Enrique.*— Pero ¿no se han abandonado por entero en manos de Dios?

*Jesucristo.*— Sí, pero con inconstancia. Por esto hay muchos que no perseveran, y vuelven a su propia voluntad, y a vivir sin negarse a sí mismos en todo y por todo. Luego les pesa, y vuelven a la roca quinta cuando se dan

de nuevo a Dios sin reserva, y de este modo están en un cambio continuo, subiendo y volviendo a bajar, sin tener perseverancia en sus santos propósitos y en su abnegación primera.

*Enrique.*— ¿Y de dónde les viene esta inconstancia?

*Jesucristo.*— De que su voluntad no está del todo muerta. Dios les ama, sin embargo, y son más perfectos que cuantos han visto hasta ahora, porque desde un principio se despojaron de su propia voluntad para entregarse a Dios. Y aunque no siempre perseveren en este estado, viven casi todo el tiempo de su vida en esta quinta roca.

Después de su muerte pagarán en el Purgatorio esta falta de constancia pero luego disfrutarán en el Paraíso de una gloria muy grande.

## CAPITULO VII

### En la roca sexta

De la roca quinta fue el Bienaventurado trasladado a la sexta que estaba más alta y era más hermosa que las anteriores.

Allí vio hombres de extraordinaria hermosura y deslumbrante esplendor. Pero notó que eran muy poquitos, porque casi todos los que llegaban a aquel lugar, procedentes de la roca quinta, volvían a bajar a ésta; de modo que apenas si quedaba allí uno por cada ciento de los que caían. El Bienaventurado preguntó al Señor, lleno de admiración:

*Enrique.*— ¡Qué deliciosa es esta morada! ¿Quiénes son los que en ella viven y por qué son tan pocos?

*Jesucristo.*— Estos que ves son los amigos de Dios, encendidos en su gracia, que valerosamente y para siempre se han negado a sí mismos sólo para agradar a Dios. Son tan pocos como vez, porque aunque son muchos los que trabajan por llegar a estas alturas, son muy pocos los que pueden conseguirlo.

*Enrique.*— Los felices moradores de esta roca deben haber llegado a su origen, y vivirán ya unidos con su principio.

*Jesucristo.*— Tampoco, aún están lejos, aún han de subir más arriba para llegar a este estado supremo de la perfección.

*Enrique.*— ¿Pues qué les falta? ¿Es que aún pueden caer en los lazos del tentador?

*Jesucristo.*— Hace cuanto puede para engañarlos y detenerlos en sus adelantos, pues ve que están ya dentro del camino que conduce a la unión divina, y por eso rabia y ruge como un león.

*Enrique.*— ¿Y cómo llega a tentarlos y engañarlos?

*Jesucristo.*— Los induce muy mañosamente a que pidan al Señor los pensamientos, gracias y consuelos que han concedido a otros santos. Y aunque esta petición nada tiene de malo, los aparta sin embargo de su unión con su principio, porque en ella hay oculto un defecto: el compararse con los otros; y esto impide que el Señor haga en ellos cuanto desearía hacer.

*Enrique.*— ¿Y cuál es la causa de este error?

*Jesucristo.*— Pues es sencillamente que sin darse cuenta buscan aún satisfacer en algo a la naturaleza, cuyos malos deseos no tienen muertos ni arrancados. Así es como a pesar de que conocen la tentación del enemigo, con todo eso lo escuchan. Esto, no obstante, viven con gran abundancia de gracias del Cielo, tendrán que purificarse en el Purgatorio mucho menos que todos los ante-



riores y obtendrán en el Paraíso una bienaventuranza sin comparación más perfecta.

## CAPITULO VIII

### En la roca séptima

En seguida fue levantado hasta la roca séptima, que era más espaciosa y deleitable que todas las anteriores, y cuyos habitantes tenían un resplandor y hermosura incomparablemente mayores. Pero eran muy poquitos, muy poquitos, porque apenas había quien allí perseverase.

Entonces el Bienaventurado pregunto al Señor acerca de ellos, y El le respondió:

*Jesucristo.*— Estos son los que Dios más ama, los favorecidos con sus gracias singularísimas. Su rostro están tan resplandeciente porque se han entregado de lleno en la voluntad de Dios, perseveran hasta la muerte en esta resolución santa y hacen cuanto pueden por someter la naturaleza a la razón. Su constante anhelo es de agradar a Dios, así en las cosas interiores como en las exteriores, y de cumplir siempre su voluntad.

*Enrique.*— ¡Qué consuelo y qué dicha poder ver a estos siervos de Dios! Estos sí que deben estar ya en la cumbre.

*Jesucristo.*— No, te engañas. Aún les falta gran trecho para llegar a la cumbre de la montaña.

*Enrique.*— ¿Qué es, pues, lo que se opone a su perfección?

*Jesucristo.*— El demonio sabe usar con ellos una treta muy oculta que los detiene en su camino espiritual.

*Enrique.*— ¿Qué es lo que puede hacerles?

*Jesucristo.*— Se vale de su misma santidad. Como quiera que Dios los favorezca con gracias muy singulares, como a amigos suyos íntimos que son, el demonio se ingenia para hacerles desear y amar estas gracias por el deleite que en ellas encuentran, y muchas veces caen en este lazo sin percatarse de su engaño. No tienen su corazón bastantemente vigilado.

Cuando llegan a faltarles los consuelos divinos que con tanto afán desean, procuran recobrarlos acercándose con más frecuencia al Sacramento del altar; y esto es en contra de la perfección, la cual exige renuncia total de todo consuelo humano y divino. Es un defecto el procurar las gracias y favores divinos por el deleite que consigo traen, y aunque parezca defecto de poca importancia, lo cierto es que ha de ser expiado en el Purgatorio.

A pesar de todo, estas personas son muy gratas al Señor, y en el Cielo disfrutarán una recompensa mucho mayor que todos los demás.

## CAPITULO IX

### En la roca octava

Después de esto, Dios condujo al Bienaventurado a la roca octava, que es aún más elevada.

Los que en ella moran poseen una gracia resplandeciente y santa. Pero son menos todavía que en la anterior, porque la mayor parte de los que allí llegan desfallecen y no perseveran. El Bienaventurado preguntó al Señor por ellos, y El le respondió:

*Jesucristo.*— Todos estos son carísimos al corazón de Dios y exceden en perfección a todos los otros, porque se

han ofrecido y entregado totalmente a su buen Dueño y Señor, el cual hace de ellos lo que le place en el tiempo y en la eternidad.

*Enrique.*— ¡Oh Señor! ¡Qué dichosos seríamos si tuviéramos ahora, en estos tiempos, tantos siervos fieles de Dios!

*Jesucristo.*— ¿Cómo quieres que haya muchos, siendo tan pocos como vemos los que saben y quieren renunciar de corazón a las cosas temporales, y negarse a sí mismos por amor de Dios y para su mayor gloria? Ya sabes que sin esto es imposible llegar a descansar en Aquel que es infinito, eterno e inefable.

*Enrique.*— ¡Ah!, sí; las riquezas y los bienes temporales son un obstáculo para este santo desprendimiento de sí mismos. Muchos creen que para llegar a la unión con Dios es necesario abandonar por completo el mundo, y ¿no es esto un error?

*Jesucristo.*— Todo el que quiera llegar a esta roca ha de despojarse de todos los bienes temporales en cuanto impiden la unión con Dios. El alma que aspira a esta perfección, no podrá conseguirla jamás si entre ella y su principio, que es Dios, se interpone algún otro ser. Aunque se posean riquezas, es necesario despreciarlas, no aficionarse a ellas, usarlas como si no se poseyesen, no buscar nunca con ellas el propio bienestar ni las comodidades, sino solamente lo necesario para la vida y usarlas siempre en lo que sea más conducente a la gloria de Dios.

*Enrique.*— Se necesita una virtud muy grande para poseer las riquezas sin amarlas. Me siento muy feliz, Señor, al contemplar la perfección de los que moran en esta roca, porque al menos éstos sí que estarán ya unidos a su principio.

*Jesucristo.*— También ahora te equivocas, Enrique. Es verdad que Dios los colma de gracias y favores extraordinarios, que los ángeles les muestran muchas cosas divinas

con imágenes y apariciones sensibles, que sus almas atesoran virtudes muy grandes y que están más cerca de la unión perfecta que no todos los demás. Pero tampoco han llegado aún a la cumbre de la montaña y al último grado de perfección.

*Enrique.*— ¿En qué consiste el contemplar a Dios sin formas y sin imágenes?

*Jesucristo.*— Gozan de esta contemplación aquellas almas a quienes Dios concede un rayo, un resplandor, una luz emanada de sí mismo, algo que no se puede expresar con imágenes ni con palabras. Y mira; esta gracia se niega a muchas de las almas de esta roca.

*Enrique.*— Pero ¿en qué consiste el no tener ellas aún la unión perfecta y el que encuentren tantas dificultades para volar a su principio y llegar a la cima de la montaña?

*Jesucristo.*— Tienen dos grandes obstáculos, que son los dos más perversos engaños del enemigo. El primer engaño es que cuando reciben la luz divina, abrázanla con tal entusiasmo, que quieren abandonar esta roca y volar más alto. Y esto es una imperfección que los separa de la unión perfecta que ellos ansian. No se dan cuenta de este defecto oculto de su voluntad, y como no han llegado a desarraigar de su corazón hasta el deseo de los consuelos divinos, no pueden pasar adelante.

El segundo obstáculo es que, sin reparar en ello, se complacen en las vías extraordinarias, por las cuales los conduce Dios, y en los celestiales arcanos que les revela en sus visiones y éxtasis. Dios conoce perfectamente este defecto; pero como conoce también lo difícil que es destruir la naturaleza, los perdona y los conserva en el mismo grado de santidad y de gracia.

*Enrique.*— Pero ¿cómo no pueden librarse de estas ilusiones y llegar a su principio estas almas tan privilegiadas?



*Jesucristo.*— Llegarán si se renuncian a sí mismas totalmente, mortificando por completo la naturaleza, descubriendo sus más ocultos defectos a la luz de la divina gracia y muriendo a sí mismos para abandonarse totalmente en Dios, lo mismo en lo que se refiere al alma que en lo que se refiere al cuerpo.

*Enrique.*— Verdaderamente que es muy triste pensar que estas almas, tan favorecidas de Dios y tan santas, empañen de esta manera su belleza y se vean forzadas a purificarse en las llamas del Purgatorio.

*Jesucristo.*— Su pena será muy breve y llevadera, y en el Cielo estarán encumbrados por encima de todos los de las rocas anteriores. Si la Iglesia tuviese muchos de estos siervos de Dios, en verdad que los asuntos de la Cristianidad irían todos por mejor camino.

## CAPITULO X

### En la roca novena

#### Sus habitantes

*Jesucristo.*— Levanta ahora los ojos de tu espíritu y contempla lo más encumbrado de la montaña.

Levantó el Bienaventurado los ojos y vio la roca última, que estaba tan alta que apenas podía descubrirse; y luego, repentinamente, se sintió arrebatado hasta aquella encantadora mansión y colocado entre sus divinos moradores. Observó que muchos de la roca octava hacían esfuerzos desesperados para subir a ésta pero los más de ellos desistían, de modo que sólo dos o tres llegaron a escalar la roca última.

*Enrique.*— ¿Cómo es tan dificultoso, Señor, el acceso a esta roca? Veo que casi nadie puede llegar a ella.

*Jesucristo.*— Siempre es difícil llegar a los lugares muy altos y escarpados. Son poquísimos los que hasta la muerte persisten en la perfecta renuncia de sí mismos, y por consiguiente los que llegan a las alturas que ahora descubres. La mayor parte de los hombres que a ellas se acercan, al ver la vida de estos santos, tan distinta de la vida de los demás hombres, tan austera tan mortificada, se asustan y retroceden.

*Enrique.*— Esta morada es deliciosísima, elevada casi hasta el Cielo. Sus habitantes están revestidos de grande gloria. Al ver uno sólo de ellos siento una felicidad tan grande como no la he sentido al contemplar todos los moradores de las rocas inferiores.

Pero me extraña, Señor, que tengáis tan desierta una mansión tan deliciosa.

*Jesucristo.*— Has de saber que no son éstos solamente, sino muchos más los que Dios ha destinado para vivir en esta roca, toda vez que en ella está la entrada que lleva al origen de donde han salido todas las criaturas del Cielo y de la tierra, y todos los hombres son llamados a la felicidad que se encuentra en Dios.

*Enrique.*— ¿Y cómo están estos hombres tan débiles y fatigados, siendo así que por otra parte son interiormente tan hermosos y resplandecientes como los espíritus angélicos?

*Jesucristo.*— Nada tiene de extraño que sus fuerzas corporales hayan quedado tan agotadas después de los esfuerzos y penalidades que les ha costado subir a esta roca. Apenas si tienen ya en sus venas una sola gota de sangre. Sus carnes están curtidas y consumidas.

*Enrique.*— ¿Y cómo pueden vivir en estado tan deplorable?

*Jesucristo.*— Es que el Espíritu Divino derrama sobre

ellos un raudal de sangre inocente y vivificadora que los fortalece misteriosamente. Se han consumido de esta manera a fuerza de amar, y las llamas ardientes de la caridad no han llegado a destruir otra cosa que la porción rastrera y baja de la naturaleza.

*Enrique.*— ¿De qué les viene ese resplandor interior que los convierte en ángeles de luz?

*Jesucristo.*— Es que tienen una gracia de Dios tan grande que no puede manifestarse toda de por fuera; ni ellos la conocen, y lo que es más, que no desean conocerla. Ya puedes ver que son muy pocos en número, pero muy excelentes en méritos. Sobre ellos se sostiene la Iglesia como sobre columnas solidísimas, y si no fuera por ellos el Cristianismo moriría y el demonio tendría prendidos en sus redes a todos los hombres del mundo. En otros tiempos ha sido mucho más crecido el número de estos siervos de Dios.

*Enrique.*— ¿Por qué, Señor, no los conserváis para que sirvan de sostén a la Religión?

*Jesucristo.*— Porque no quiero que vivan con los cristianos de ahora, tan decaídos y tan enemigos de la religión: a estas almas tan santas, Dios las lleva pronto a Sí, para que no tengan el dolor de ver en la Iglesia tantas y tan lamentables defecciones.

### **Su vida espiritual**

*Enrique.*— ¿Y cómo viven los moradores de esta roca? ¿Saben que están ya unidos a Dios, su principio?

*Jesucristo.*— No lo saben de cierto, si bien a algunos llega un reflejo, un resplandor, que de Dios les viene, y por aquí pueden colegir que esta luz es la luz de la gracia. Sospechan sentir la presencia de Dios en sus almas; pero se han entregado a El con tanta sinceridad y con tanta

pureza de miras, están tan afianzados en la fe católica, que al verse favorecidos con estos solaces interiores temen por sí mismos muchísimo más que cuando no los poseen. De ese modo en el mundo no ansían otra cosa que imitar fielmente los ejemplos que yo he dado.

*Enrique.*— ¿Cómo se explica que no deseen ni amen otras cosas, ni siquiera los consuelos y favores divinos?

*Jesucristo.*— Están tan firmes en la fe, que no quieren saber más que a Jesús crucificado; y por otra parte, es tan grande su humildad que se reputan indignos de todas las mercedes de Dios y de todos los consuelos del Cielo. Por eso no los desean ni los piden nunca.

*Enrique.*— ¿Qué piden, pues, en sus oraciones, si es que no desean nada en la tierra ni en el Cielo?

*Jesucristo.*— Lo que ellos piden es que todas las criaturas del universo glorifiquen a Dios, porque esto es lo que siempre desean y lo que por todos los medios procuran. De tal modo se han resignado en El, que todo cuanto sucede en el mundo, lo mismo a ellos que a las demás criaturas, lo estiman como dádiva del Cielo. Si Dios les da su gracia, le bendicen; si se la retira, le bendicen también.

No ambicionan nada, absolutamente nada, en este mundo; únicamente prefieren siempre el sufrimiento a la alegría, porque son locos amantes de la Cruz.

*Enrique.*— Ya que nada aman, ¿al menos ya temerán alguna cosa?

*Jesucristo.*— No temen ni el infierno, ni el purgatorio, ni al demonio, ni la vida, ni la muerte; están exentos de todo temor servil. Lo único que temen es no poder imitar, según sus deseos, los ejemplos de Cristo.

Son humildísimos, hasta el extremo de despreciarse siempre en todo cuanto hacen, de considerarse inferiores a todas las criaturas y de no atreverse a presentarse delante de gente. Ven por igual a todos los hombres en Dios,



pero se aficianan con mayor cariño a los que son más gratos a El.

Están muertos para el mundo y el mundo está muerto para ellos.

Tienen completamente dominados y aun casi aniquilados aquellos actos del espíritu en los cuales es más difícil renunciar a la propia voluntad. Nunca hacen cosa por sí; no buscan los placeres ni los honores.

Han renunciado a todas las criaturas en el tiempo y en la eternidad, y viven en una ignorancia sublime, pues no saben más que a Jesucristo crucificado.

No contemplan ni quieren contemplar su origen, porque se juzgan indignos de todo lo que sea alegría en esta vida.

*Enrique.*— ¿Los tienta aún el demonio, o se da ya por vencido?

*Jesucristo.*— El demonio agota contra ellos todos los recursos del infierno, y recurre a todas las tentaciones imaginables, y no cesa nunca en atormentarlos; pero ellos están siempre tan inquebrantables como la roca en que viven y ni siquiera se dan cuenta de las tentaciones porque están siempre decididos y preparados para sufrir con alegría las pruebas y las cruces que Dios les envía o permite, aun cuando a las que sufren y sufrirán se añadiesen de nuevo las muchas que ya han padecido.

Su mirada está siempre fija en Jesús herido, chorreando sangre, cargado con la cruz que le ha dado su Padre, y ellos no quisieran extraviarse por otros caminos.

Viven ignorados del mundo, pero el mundo no les es desconocido, porque han llegado a descubrir todas sus vanidades y todas sus perfidias.

Por último, son los niños mimados de Dios, sus amigos predilectos, los verdaderos adoradores que adoran al Padre en espíritu y en verdad.

## Su valimiento

*Enrique.*— Mucho agradezco, Señor, las verdades que me habéis revelado; pero temo que nadie entenderá este libro y que servirá de muy poco consuelo a los que lo leyeren. Quizás sea perjudicial a muchos, porque los asustará y los hará volver atrás. ¿No será, en cambio, para otros una margarita preciosa que no debe arrojarse a inmundos animales?

*Jesucristo.*— Todo eso incumbe a Dios. Tú sólo has de saber que lo que has escrito de los moradores de la última roca será mucho más útil a la sociedad que mil de los demás hombres, que obran movidos siempre por sus miras e intereses particulares.

Por otra parte, te engañas si crees que todo esto no puede ser entendido al menos por muchas personas que hay en la Iglesia que viven como te he explicado, y que, por consiguiente, son muy capaces de comprender estas verdades, pues continuamente las observan de muy buen grado.

Si te hubiese mandado escribir acerca de los nueve coros angélicos, entonces tendrías razón para sospechar que nadie lo entendería, porque los espíritus angélicos están muy por encima de la inteligencia humana.

No te extrañe el que te haya hablado por medio de figuras y de imágenes; la inteligencia humana con mucha dificultad puede entender las cosas de Dios en toda su pureza, puesto caso que Dios es el bien supremo, infinito, que por nadie puede ser comprendido y que sobrepuja a todos los sentidos.

*Enrique.*— ¿Se ha concedido alguna vez a alguno el que se uniera a su principio fuera de esta roca?

*Jesucristo.*— Este favor se concedió a San Pablo cuando fue arrobado hasta el tercer Cielo; en cambio tuvo que sufrir grandes trabajos y morir por mi amor. El camino

seguro para la generalidad de los hombres es el de escalar sucesivamente todas las rocas, ejercitando todas las virtudes y dejándose siempre en las manos de Dios hasta que puedan llegar a gozar la paz profunda de que en esta morada se disfruta.

*Enrique.*— Pero, Señor, ¿no hay muchos que aspiran a venir aquí?

*Jesucristo.*— Sí, pero no quieren desprenderse de su propia voluntad, y en esa condición es imposible que puedan subir tan arriba.

*Enrique.*— Señor, ¿y los de esta roca, al morir, van al Cielo o al Purgatorio?

*Jesucristo.*— Si perseveran hasta la muerte, salen ya de aquí purificados y, como nada tienen que expiar, van directamente al Cielo.

*Enrique.*— ¿Los que están en esta roca pueden aún volver atrás y caer en pecado?

*Jesucristo.*— Ya lo creo; y a las veces no falta quien desde estas alturas se precipita en las redes del demonio y se haga peor aún que los demás hombres.

Siempre que caen es porque se miran a sí mismos con complacencia, como Lucifer, o porque no han utilizado bien el tesoro de la divina gracia, o porque han abusado de las luces que en esta morada reciben para sembrar el error o la herejía y han sido verdaderos azotes de la Iglesia. Entonces todos deben huir de ellos como de un demonio.

*Enrique.*— ¿Y qué relaciones tienen, Señor, con Vos los que perseveran en esta roca?

*Jesucristo.*— Dios los quiere tanto, y de tan gran favor gozan cerca de El, que si uno solo de ellos le pidiese una cosa, aunque todos los cristianos juntos le pidiesen lo contrario, Dios a él sólo escucharía prefiriéndolo a todos los otros.

*Enrique.*— ¡Ay!, Señor, ¡qué necesario es a vuestra Igle-

sia el tener siempre aquí muchos moradores, sobre todo en los tiempos que corremos. Estoy seguro de que Vos los atenderíais, y al menos por amor a ellos tendríais piedad de vuestra Iglesia.

*Jesucristo.*—Cuando Dios no quiere tolerar por más tiempo las maldades de los hombres, porque son tantas y tan grandes que llegan ya a irritar su justicia a las oraciones de sus siervos fieles y aun les impide el orar por la Iglesia.

*Enrique.*— ¡Ay! Señor: tened compasión del género humano, que no ha llegado aún el día del juicio y aún está sin completar el número de vuestros elegidos que con Vos han de morar en el Cielo.

*Jesucristo.*— Es cierto. En tiempo de Noé, Dios, irritado por los pecados del mundo, permitió el Diluvio para purificarle, y conservó sólo ocho personas para renovarlo. Ya no puede perdonar más. Las iniquidades de ahora han llegado a vencer a su misericordia, y tiene que castigar las ingratitudes del pueblo.

## CAPITULO XI

### Mirando hacia abajo

*Jesucristo.*— Contempla desde esta altura las rocas inferiores que tienes a tus pies y extiende tu mirada hasta lo profundo del valle, hasta las redes del demonio.

Obedeció el Bienaventurado, y pudo ver debajo de las redes dos hombres: el uno era negro como el diablo, el otro hermoso y resplandeciente como un ángel. Lleno de admiración preguntó al Señor qué significaban aquellos hombres, y El le respondió:



*Jesucristo.*—El hombre que ves tan negro, que parece un demonio, era un habitante de la roca novena. Pero comenzó a pagarse de sí mismo y de su ciencia, buscó hombres ante quienes hacer alarde de sus méritos y de su superioridad, y luego cayó como Lucifer. Ahora es esclavo del demonio y enseña doctrinas plagadas de errores y herejías.

*Enrique.*—¿Y cómo se conoce la falsedad y perfidia de tales hombres?

*Jesucristo.*— Pues en que enseñan y predicán la vida holgada y regalona que tanto agrada a la naturaleza, sobre todo en estos tiempos.

*Enrique.*— ¿Y aquél tan hermoso y resplandeciente? ¿Quién es?

*Jesucristo.*— Es uno de los que han permanecido constantes en la roca novena. Contempla su origen y goza de la intimidad de Dios ... Movido por la caridad y abrasado por el celo de la salvación del prójimo, se ha lanzado a las redes para aproximarse a los pecadores, ayudarlos y convertirlos.

Tiene toda su confianza puesta en Dios y en su divina gracia, y como conoce perfectamente los peligros que corren los cristianos en las redes del demonio y el juicio terrible que le espera después de la muerte por las injurias que han hecho al Señor, está lleno de una compasión santa hacia los pobres pecadores y querría sufrir él todos los tormentos y penas del infierno con tal de libertarlos de sus pecados y de la esclavitud del enemigo.

*Enrique.*— ¿Y no hay en la Iglesia muchos hombres tan elevados y perfectos como éste?

*Jesucristo.*— Son tan pocos que me da pena sólo pensarlo.

*Enrique.*— Pero dado que ellos permanezcan en el mundo y frecuenten el trato de los pecadores, ¿no temen los errores del siglo y las persecuciones de los impíos?

*Jesucristo.*— No, porque sus grandes virtudes los tienen ya libres de todo temor servil y no temen los trabajos, ni la muerte, ni las persecuciones del mundo; únicamente sienten el temor filial de no agradar a Dios cuanto quisieran, de no servirle según su voluntad, de no imitar sus ejemplos como desearían hacerlo.

Conocen tan perfectamente a Dios y la felicidad del Paraíso, que lloran amargamente la desgracia de los hombres que se dejan seducir por los sentidos, la carne y el pecado, y compadecen tiernamente a la Iglesia. Esta es la mayor de las angustias, la más penosa de las cruces que sufren en esta vida; que les despedaza el corazón, consume sus energías, y a las veces los pone a punto de morir, sin que puedan encontrar en este mundo quien les consuele fuera de Dios.

*Enrique.*— ¿Están ya ciertos de su eterna felicidad?

*Jesucristo.*— No pueden dudarlo, toda vez que están ya de tal modo hechos una cosa con Dios que nada habrá que pueda separarlos de El, pues el Señor jamás permitirá que sus amadísimos, sus íntimos, vengan a dar en manos del enemigo. En el momento mismo en que mueren entran ya en el Cielo.

¡Cuánto mejor no andarían todos los asuntos en mi Iglesia si los hombres en todas sus dificultades y tentaciones y negocios se aconsejasen siempre de estos siervos de Dios, a los cuales El colma de amor y de luces! Pero el mundo es tan ciego y tan indiferente para la verdad y para el bien, que aún persigue, maltrata, burla y desprecia a estas almas en quienes reside el Espíritu Santo, y las considera como estropajos del mundo.

*Enrique.*— ¡Oh mundo miserable, cristianos ciegos! ¡Cómo tenéis completamente abandonada la virtud! ¡Con cuánto motivo puede la Iglesia derramar lágrimas de dolor! ¡Misericordiosísimo Jesús, tened compasión de vuestra Iglesia!

*Jesucristo.*— ¿Cómo quieres que tenga compasión, cuando los cristianos están despreciando y pisoteando todo lo santo?

No hace muchos años que el Señor les ha advertido cariñosamente enviándoles pestes y grandes desgracias. Ha agotado todos los recursos para convertirlos, la desgracia y la prosperidad, y todo ha sido sin fruto. Ellos continúan viviendo sin temor de Dios, cometiendo los mayores pecados que jamás se han cometido y rebajándose más que las bestias con su ignorancia y sus vicios.

Mira, no obstante, que aún no se han acabado los azotes. También ahora, como en la Ley Antigua y la Nueva, Dios revela sus secretos a sus fieles servidores; pero cuando ellos hablan el mundo no les cree. ¡Cuánto más dichosa y hermosa sería mi Iglesia si en lugar de tratarlos de esta manera, los hombres todos acudiesen a ellos como a representantes de Dios, los consultasen y les obedeciesen humildemente!

*Enrique.*— ¡Señor! Aplicad a vuestra Iglesia y a los pecadores los méritos de vuestra sangre, de vuestra cruz y de vuestra muerte. ¡Señor misericordiosísimo, tened compasión de vuestra Iglesia

## CAPITULO XII

### La unión con Dios

Durante esta visión, el Bienaventurado no podía apartar la vista de los moradores de la roca novena, y admiraba su gran unión con Dios y dijo:

*Enrique.*— ¡Señor! Todos estos ya han debido llegar a su origen y ya estarán viendo a Dios cara a cara.

*Jesucristo.*— A veces, por un favor muy singular, Dios se les deja ver al descubierto; pero este favor es muy raro y sólo dura algunos instantes, como sucedió en el rapto que tuvo San Pablo. Generalmente tienen que contemplar la incomprensibilidad de Dios en una obscuridad rara y divina; pero se unen a El sin intermedio alguno, de espíritu a espíritu, con la mayor intimidad y el mayor amor.

*Enrique.*— ¿Y en qué estima podrán tener la vida temporal, una vez que ya son dignos de ver a Dios, de contemplarlo, abrazarlo y poseerlo?

*Jesucristo.*— Disfrutan de alegrías y dulzuras inefables, que así y todo son tan pequeñas en comparación con las dulzuras de la eternidad como es pequeño el tiempo comparado con la eternidad.

Prepárate ahora, que también tú vas a sentir en ti espiritualmente un adelanto de la gloria de los santos.

*Enrique.*— ¡Señor!, no; soy del todo indigno de esta merced. Esta gracia no cabe en un pequeño y miserable gusanillo de la tierra como yo. Ya me contentaría con ser un criado y servidor de los habitantes de esta roca.

*Jesucristo.*— Déjate guiar y abandónate a mi cuidado, que soy muy quien para levantar a un alma a la gracia que yo quisiere.

*Enrique.*— No toméis a mal, Señor, que interponga mis ruegos. ¿Cómo habéis de descubrirme a mí los secretos que tenéis ocultos a vuestros mejores amigos, los cuales desde muchos años practican las virtudes más penosas? Yo soy manifiestamente indigno de honra tan grande.

*Jesucristo.*— Obedece. En cambio de este favor ya llegará el tiempo en que tendrás que sufrir los tormentos sumamente angustiosos y crueles.

*Enrique.*— Los sufriré con gran caridad y no resistiré a vuestra voluntad. ¡Señor!, haced cuanto os plazca de este vuestro esclavo en el tiempo y en la eternidad.



Luego que el Bienaventurado se hubo resignado humildemente en las manos de Dios, repentinamente se abrió de par en par la puerta que lo conducía a su origen, y por algunos instantes vio a Dios, su principio, cara a cara, o al menos de una manera muy perfecta.

Y después de esta visión y de este éxtasis unitivo, su alma se sitió inundada de una alegría tan intensa y de una luz tan resplandeciente, que perdió el conocimiento del tiempo.

Vuelto en sí, le entró una gran turbación al recordar donde había estado y lo que había visto; y cuanto más lo pensaba menos podía acertar a explicárselo. No podía representárselo por imágenes ni por palabras, porque todo aquello había sido superior a los sentidos y aun superior al entendimiento. Y preguntó al Señor:

*Enrique.*— ¿Dónde he estado?, ¿qué he visto?, Señor; la merced inexplicable que me habéis hecho sobrepaja a mi entendimiento y a mis sentidos. Yo sólo sé que experimento en mi alma una satisfacción tan grande que no sé cómo no me hace morir.

*Jesucristo.*— La satisfacción que se encuentra y se gusta en Dios está muy por encima de todas las alegrías del mundo juntas. Has visto a tu principio y no te admires de no poder comprenderlo ni hablar de él, porque no podrías conseguirlo aunque tuvieras unidos en uno todos los entendimientos de todos los hombres.

Bástete saber que Dios ha venido a ti como esposo querido de tu alma, que has estado en la escuela del Espíritu Santo, y que este divino maestro ha puesto en tu alma una luz y un amor tan grandes que han llegado a embriagar tu corazón y a tus sentidos.

*Enrique.*— En estos momentos me siento, Señor, tan deseoso de sufrimientos y tan lleno de amor por Vos, por vuestra gloria, que gustoso sufriría todos los padecimientos de todos los hombres, vuestra cruz, vuestra pasión las

llamas del Purgatorio, los tormentos del infierno, todo cuanto de triste y angustioso pudiese crear vuestra omnipotencia y todo había de ser en obsequio vuestro, por la salvación de los hombres y la libertad de las almas que arden en el Purgatorio. ¡Señor! Me será gratísimo sufrir toda clase de trabajos con tal que sea para daros gusto y cumplir vuestra voluntad.

*Jesucristo.*— Cuidado, no te suceda a ti lo que sucedió a San Pedro: se creyó que era muy fuerte y que estaba muy asentado; mas cuando llegó el momento de la prueba cayó miserablemente.

*Enrique.*— Conozco, Señor, mi debilidad; pero me fuerza a hablar el ímpetu de vuestro amor recibidme, Señor, en el seno de vuestra misericordia.

*Jesucristo.*— Cese ya esta conversación y vete preparando a una cruz interior muy pesada.

Luego que cesaron los éxtasis y estuvo escrito este libro, Dios retiró al Bienaventurado todas sus luces y todas sus gracias, dejándolo en una sequedad y abandono tan grandes como si nunca hubiese recibido ninguna comunicación divina. Dios permitió también que sintiese una tentación interior tan cruel que excede a cuanto se puede pensar; pero el Bienaventurado Enrique se humillaba siempre y no deseaba ni pedía otra cosa que la cruz.

Todo esto sucedió en la Cuaresma del año 1352.

# **MEDITACIONES SOBRE LA PASION DEL SALVADOR**

## **Meditación primera**

Amantísimo Jesús: acordaos de aquel sudor de sangre que os obligó a derramar tan copiosamente la inefable angustia de vuestro purísimo corazón, estando orando en el Huerto después de la última cena.

Acordaos de la crueldad con que os prendieron; con cuánta inhumanidad os ataron, y el miserable modo con que os llevaron preso.

Acordaos, piísimo Jesús, de los duros golpes con que os maltrataron aquella noche cómo fuisteis escupido con aquellas salivas inmundas y cuán afrentosa e indignamente os trataron cuando os vendaron los ojos.

Como por la mañana, delante de Caifás, fuisteis condenado y sentenciado a muerte como reo.

Cómo vuestra sacratísima Madre, tristísima, con inmenso dolor de su corazón, os estuvo mirando.

Cómo, presentado ignominiosamente a Pilatos, y acu-

sado falsamente delante de él, fuisteis inicuaamente condenado con sentencia de muerte.

De la suerte que Herodes con los suyos haciendo burla de Vos, os mandó vestir como loco con una vestidura blanca siendo Vos la eterna sabiduría del Padre.

Acordaos de los horribles golpes de los azotes y varas con que vuestro cuerpo sacratísimo, y de tan singular hermosura, quedó todo surcado y abierto.

De las espinas y abrojos que traspasaron vuestra delicadísima cabeza, corriendo copiosamente los arroyos de vuestra sangre preciosa y bañando vuestro divino rostro.

Y cómo al fin, tan miserablemente tratado, recibisteis por nuestro amor la sentencia de muerte; y llevando sobre vuestros hombros la cruz en que habíais de ser enclavado fuisteis sacado con la mayor ignominia al lugar del suplicio, que era el monte Calvario.

Señor mío Jesucristo, única esperanza y confianza mía: yo os suplico con todo mi afecto que con benignidad de padre, y acordándoos de todo lo que os he representado, os acordéis de socorrerme, pues sabéis cuán miserable soy en todos los casos adversos y angustias. Absolvedme de las duras y graves ataduras de mis pecados. Libradme de los vicios ocultos. Defendedme de las engañosas persuasiones del demonio y de las ocasiones e incentivos de los vicios. Dadme a sentir, con una íntima compasión de mi alma, vuestros dolores y de vuestra piísima Madre. Y en la hora de mi muerte y últimos alientos de mi vida mostraos conmigo Juez misericordioso. Enseñadme a menospreciar cuantas honras me puede dar el mundo y a serviros sabiamente, ajustándome a la razón y a vuestra voluntad. Sanadme, Señor, y borrad mis culpas con la sangre de vuestras llagas. La razón y sentir mío quede confirmado y armado con los intensísimos dolores de vuestra sacratísima cabeza contra todas las tentaciones.



Finalmente, concededme que en cuanto pudiere, ame y procure imitar todas vuestras cruces y trabajos.

### **Meditación segunda**

Acordaos, dulcísimo Jesús, cómo estando ya pendiente en el árbol de la cruz se oscureció la vista de vuestros ojos lucidísimos.

Vuestros oídos divinos percibieron tantas burlas, afrentas y blasfemias.

Y el sentido del olfato quedó ofendido con el molestísimo olor de aquel lugar.

Vuestra boca sacratísima aheleada con aquel brebaje de suma amargura.

Y, finalmente, el sentido del tacto de todo vuestro cuerpo, de tan delicada complexión atormentado con tantos golpes y heridas.

### **ORACION**

Señor: yo os ruego con todo afecto apartéis mis ojos de cualquier aspecto torpe y vano, y mis oídos de fábulas y conversaciones inútiles. Dadme un gran desprecio de todas estas cosas corporales y visibles y que de todo lo temporal tenga un grande fastidio, y quitadme todo el cuidado delicado y superfluo del regalo de mi cuerpo.

### **Meditación tercera**

Acordaos, dulcísimo Jesús, cómo a vuestra sacratísima cabeza la grandeza de los dolores obligó a caerse e inclinarse.

Y el cuello delicado vuestro estaba con tanta crueldad lastimado.

Cómo vuestro divino rostro, siendo el mismo agrado y belleza, quedó tan desconocido y afeado con las salivas impuras y la sangre que le bañaba.

Y los vivos colores vuestros se convirtieron en mortal amarillez.

Y toda la hermosura corporal quedó marchita y deslucida.

## ORACION

Señor: en memoria de todas estas penas vuestras, dadme que yo ame siempre y abrace las incomodidades del cuerpo, y que sólo en Vos tenga mi descanso, que sufra con grande igualdad de ánimo cuantas aflicciones me vinieren, que desee ser menospreciado de todos, y que se apaguen en mí los incendios de mis gustos y deseos, de suerte que queden todos los deleites oprimidos y mortificados.

### Meditación cuarta

Acordaos, Señor, cómo os enclavaron en el madero de la cruz vuestra mano derecha.

Y luego la mano izquierda.

Con qué crueldad estiraron vuestro brazo derecho.

Y asimismo el siniestro.

Cómo os clavaron el pie derecho.

Y con la misma crueldad el siniestro.

Cómo quedasteis imposibilitado para moveros, debilitado y sin fuerza.

Cuán flacas y fatigadas teníais las piernas y rodillas.

Con cuánta apretura estuvieron atados a la cruz todos vuestros delicadísimos miembros.

Y cómo quedó teñido todo vuestro cuerpo sacrosanto con la sangre hirviente que manaba por tantas heridas.

## ORACION

En la misma conformidad os pido, Señor mío, que así en lo adverso como en lo próspero esté yo crucificado con Vos con toda inmovilidad y firmeza. Que todas las potencias de mi alma y cuerpo se extiendan en vuestra cruz. Que mi entendimiento y afecto estén enclavados con Vos. Dadme que no vaya buscando los regalos del cuerpo, sino sólo vuestra voluntad, alabanza y gloria. No se halle parte alguna en mí que en su modo no medite vuestra muerte, y con grande gusto represente en sí una memoria y semejanza de vuestra sacratísima Pasión.

## Meditación quinta

Suavísimo Jesús: acordaos cómo vuestro cuerpo santísimo, en lo más floreciente de la edad y fuerzas, quedó en la cruz con tanta necesidad y desamparao, extenuado y exhausto.

De la suerte que la áspera corteza de la cruz atormentó vuestras sagradas espaldas, tan lastimadas con los azotes.

Y cómo todo el cuerpo con el propio peso estuvo inclinado y caído.

Cuán lastimado se hallaba con tantos golpes y heridas, que le causaban sumo dolor.

Y que todo esto padecisteis por los pecadores con un corazón lleno de suma caridad.

## ORACION

Clementísimo Señor: vuestra pobreza y necesidad extrema sean mi eterna restauración, y obren en mí una perpetua resurrección y mejora de vida. La áspera reclinación de vuestras espaldas doloridas sea para mí descanso espiritual. La inclinación de vuestro cuerpo poderoso sustente mi flaqueza. Vuestros inmensos dolores sanen los míos, y vuestro airoso corazón encienda en el mío una ardentísima caridad.

### Meditación sexta

Acordaos, benignísimo Jesús, que estando ya entre las angustias de la muerte y tan fatigado de los tormentos, los impíos enemigos vuestros os escarnecían y decían contra Vos tantas afrentas y blasfemias.

Cómo se burlaban de Vos con gestos y movimientos de risa.

Cómo en sus corazones os vilipendiaron y tuvieron en menos que nada.

Con cuánta benignidad rogasteis a vuestro Padre por ellos.

Cómo perseverasteis hasta el fin constantísimamente padeciendo.

Cómo siendo el Cordero inocentísimo que quita los pecados del mundo, fuisteis contado entre los malhechores.

Cómo el ladrón que estaba a la mano izquierda os menospreció y blasfemó.

Y el otro de la mano derecha se arrepintió de veras e imploró vuestra misericordia.

Cómo le perdonasteis al mismo punto todos sus pecados.



Y le abristeis la puerta del celestial paraíso.

## ORACION

Señor: enseñadme a llevar con paciencia por vuestro amor cuantos agravios, burlas, oprobios y menosprecios se me ofrecieren, y a excusar con vuestra Majestad piadosamente todos mis contrarios. ¡Oh fuente perenne de benignidad, Jesús amantísimo! Desde este punto ofrezco a vuestro Padre celestial vuestra inocentísima muerte en satisfacción de mi culpada vida, sujeta a tantos vicios. Vuestra misericordia imploro como buen ladrón. Acordaos, acordaos, os suplico, de mí en vuestro reino. No me condenéis por mis pecados. Perdonadme, Señor, por vuestra misericordia infinita todas mis culpas y abridme el paraíso celestial Amén.

### Meditación séptima

Dulcísimo Jesús: acordaos cómo en esta hora, por causa mía, fuisteis desamparado de todos.

Y cómo vuestros amigos os desconocieron como a la persona más extraña.

Y estuvisteis pendiente de la cruz, desnudo y privado de todo honor, como de los vestidos.

Y vuestra omnipotente virtud pareció que no tenía poder alguno.

Cómo os trataron sin piedad y humanidad alguna, y pasasteis por todo con el mayor silencio y mansedumbre.

Cuán grande fue el dolor que os traspasaba el corazón, viendo las angustias inefables de vuestra Madre piísima, sólo por Vos perfectamente conocidas y ponderadas.

Viendo las significaciones exteriores de su tristeza, dignas de la mayor compasión.

Oyendo sus lamentables gemidos.

Y cómo estando ya para expirar, y al punto de apartaros de vuestra Madre santísima, la encomendasteis a vuestro discípulo querido para que la asistiese como a madre con toda piedad y fidelidad.

Y a la Madre le señalasteis por hijo al mismo discípulo, para que le amase con afecto de madre en lugar vuestro.

## ORACION

¡Oh excelentísimo ejemplar de todas las virtudes, sapientísimo Jesús! Apartad de mí el pernicioso amor de todos los mortales, y el desordenado afecto y cuidado para todos mis parientes. Libradme y desembarazadme de toda ocupación inútil. Dadme firmeza y constancia contra todos los espíritus malignos, y mansedumbre con todas las personas importunas e inquietas. Piísimo Jesús, imprimid vuestra acerbísima muerte en lo más íntimo de mi corazón, y conózcase en mis palabras y obras. Suavísimo Señor: todo me encomiendo y entrego a la perpetua custodia y patrocinio de vuestra sacratísima Madre y de vuestro amantísimo discípulo Juan.

Dígase una Salve o Ave María

## Meditación octava

Soberana Virgen María: yo os hago memoria de aquel inmenso dolor que sentisteis en vuestro maternal pecho, viendo a vuestro amantísimo Hijo crucificado y entre las agonías de la muerte.

Y cómo no podíais darle socorro alguno.

Con cuánta tristeza le estuvisteis contemplando las tres horas que estuvo en la cruz.

Acordaos de vuestros llantos.

¡Y cómo vuestro Hijo precioso desde la cruz benígnicamente os consolaba!

Y sus palabras también os traspasaban el corazón de dolor.

Acordaos de vuestras lágrimas, bastantes a enternecer los corazones de los circunstantes, aunque fueran de piedra.

¡Cómo levantasteis las manos y brazos con la fuerza del sentimiento!

Y el cuerpo sacrosanto de vuestro Hijo, con el peso del dolor y falta de las fuerzas, se iba inclinando.

¡Cómo adorasteis la preciosísima sangre que bajaba por la cruz, y teñisteis con ella vuestros labios santísimos!

## ORACION

Ea, pues, Madre de toda la gracia y Madre de misericordia: defendedme y guardadme todos los días de mi vida con benignidad de madre, y amparadme misericordiosamente en la hora de mi muerte. Esta es la hora ¡oh Abogada de los pecadores! por cuya causa especialmente he deseado ser muy siervo y devoto vuestro. Esta es aquella hora terrible a cuya memoria el corazón y el alma están temblando con grande terror. Allí apenas hay lugar para oraciones y ruegos, y no se me ofrece otro amparo de quien en aquel trance pueda con mayor razón valerme para alcanzar el perdón.

Ea, pues, abismo inexhausto de misericordia: arrojado a vuestras divinas plantas y con profundos suspiros nacidos de lo más íntimo de mi corazón, os ruego y suplico que en aquella hora merezca yo vuestra asistencia, en quien está toda la alegría. ¿Cómo podrá desconfiar, y qué

daño podrá temer, si tiene de su parte entonces mi alma vuestro amparo? Defendedme, pues, en esta hora, único consuelo mío, de la espantosa y horrible vista del demonio; socorred a este miserable y libradle de sus manos sangrientas. Hallen consuelo en Vos los tristes gemidos míos. Mirad con vuestros ojos de misericordia compasiva y benigne la imbecilidad de mis flacas fuerzas cuando se irá acercando mi última despedida. Extiende entonces vuestras manos piadosísimas y recibid en ellas mi alma pobre y necesitada, y con el rostro risueño presentadla delante el acatamiento del supremo Juez, confir-mándola y certificándola de la eterna bienaventuranza, que por vuestra intercesión alcance.

### **Meditación novena**

Dulcísimo Jesús, sumamente amado de vuestro Eterno Padre: acordaos, os ruego, que estando enclavado en la cruz, además de los gravísimos dolores del cuerpo y angustias de la muerte, también en el alma y en lo interior quedasteis destituido de toda suavidad y consuelo.

Cómo viéndoos tan desamparado invocasteis con voz lamentable a vuestro Eterno padre.

Pero confirmasteis vuestra voluntad y la unisteis con la suya con suma obediencia.

Acordaos, Señor, de aquella sed corporal vehementísima que padecisteis estando tan desangrado.

Y que mayor fue la sed de vuestro espíritu, que procedía de vuestro inmenso amor y deseo de nuestra salvación.

Cómo estando tan fatigado con el intolerable tormento de la sed, os dieron a beber hiel y vinagre.

Y cómo después de tantos trabajos, y cumplidas tantas profecías dijisteis: *Consummatum est*.



Y obedecisteis a vuestro Eterno Padre hasta la muerte de cruz.

Cómo encomendasteis vuestra alma santísima en sus manos.

Y, finalmente, cómo ella se apartó del cuerpo sacrosanto.

Suavísimo y piísimo Jesús: en la unión de tan inmensa caridad os ruego que en todas mis aflicciones me ayudéis por vuestra bondad. Que no cerréis jamás los oídos a mis clamores y ruegos, y me concedáis una voluntad siempre y en todo conforme y unida con la vuestra. Que apaguéis en mí la sed de todas las cosas temporales y percederas, dándome una sed intensísima de las espirituales y divinas. La bebida de suma amargura que os dieron me convierta en dulzura todas mis adversidades y trabajos. Dadme que persevere hasta la muerte en mi acuerdo, en buenas obras y en vuestra gracia. Desde esta hora ¡oh clementísimo Jesús! encomiendo mi alma en vuestras manos para que cuando se despida del cuerpo la recibáis con alegría. Concededme una vida que os sea agradable y acepta, y una muerte muy premeditada, prevenida y dichosa, y tenga mi vida un fin cierto y seguro, por vuestra gracia, de la bienaventuranza eterna. Vuestra amarga pasión y muerte supla y perfeccione todo lo que falta a mis pequeños y pobres méritos para que mi alma salga de esta vida, por vuestra infinita misericordia, absuelta de toda culpa y pena. Amén.

### **Meditación décima**

Señor mío Jesucristo: acordaos cómo vuestro costado sacrosanto fue traspasado con el cruel y agudo hierro de la lanza.

Del cual manó una fuente de preciosa y purpúrea sangre.

Y con ella salió otra fuente de agua de vida.

Cuánto trabajo y dolor os costó el redimirme.

Y con cuánta liberalidad y gusto me restituisteis a la libertad perdida.

## ORACION

Piadosísimo Jesús: esta profunda y penetrante herida de vuestro pecho me sirva siempre de refugio y defensa contra todos los enemigos. Y el agua de vida que salió por ella me lave y limpie de todas las manchas de mis pecados, y la preciosa y purpúrea sangre vuestra me adorne de todas las virtudes y gracias. Tantos trabajos y dolores padecidos por redimirme os muevan a tenerme siempre por muy vuestro y a serme siempre propicio. Y el haberme tan copiosamente y con tanto amor redimido, me tenga siempre unido con Vos con una unión indisoluble.

## Meditación undécima

¡Oh única y singular consolación, después de Dios, de todos los pecadores; Reina de los cielos, Madre de Dios y siempre Virgen María! Acordaos, Señora de la suerte que tuvisteis al pie de la cruz, viendo a vuestro querido Hijo ya difunto, y de las veces que levantasteis los ojos llenos de lágrimas a contemplarle ya muerto por los pecadores.

Con cuánta piedad y ternura de Madre verdadera recibisteis en vuestras manos sus santísimos brazos.

Con qué fe y caridad les juntasteis con vuestro rostro, bañado con la misma sangre.

Con cuánta devoción imprimisteis vuestros hermosos labios en llagas, heridas y rostro de vuestro Hijo precioso.

Y cuán penetrantes heridas fueron entonces las de vuestro corazón.

Cuántas y cuán amargas lágrimas derramasteis en este paso.

Cuán profundos eran y repetidos los gemidos.

Y las palabras cuán sentidas y dolorosas.

Cuán funesta tristeza cubrió vuestro rostro, siendo la misma alegría y serenidad.

Y, finalmente, acordaos que fueron tan grandes vuestros dolores que ni todos los mortales pudieran consolaros.

## ORACION

Clementísima Señora: teniendo en la memoria todas estas angustias, os suplico seáis perpetua custodia y gobernadora de toda mi vida. Volved a mí esos ojos de misericordia Madre benignamente. Amparadme con toda seguridad de todos mis enemigos a la sombra de las alas de vuestro Hijo querido, y el amor y devoción con que adorasteis sus preciosas llagas sean el medio para que me admita a su amistad y me reconcilien con El. Las mortales heridas y dolores de vuestro corazón me alcance un gran dolor y verdadera contrición de mis pecados. Vuestros profundísimos suspiros despierten en mí un perpetuo deseo de mi Dios. Vuestras palabras, de tan grande sentimiento, aparten de mí todas las pláticas ociosas, y las tristes significaciones de vuestras angustias no permitan en mí disolución alguna, y vuestro corazón desamparado cause en el mío un grande desprecio de todo el bien temporal y caduco a que puede aficionarse.

### Meditación duodécima

¡Oh resplandor y candor de la luz eterna: cuán eclips-

sado os contempla mi alma cuando os considera ya difunto en el seno de vuestra tristísima madre, y os abraza a la sombra de la cruz con poderosos lamentos y agradecidas alabanzas de vuestra misericordia! Apagad en mí del todo el ardiente apetito y deseo de todos los vicios.

¡Oh espejo sin mancha de la divina Majestad y cómo por amarme tanto, y por causa de mi salud quedasteis tan deslucido! Purificad las grandes e impurísimas manchas de mis culpas.

¡Oh imagen lucidísima de la bondad del Eterno Padre: qué diferente y afeado os miro!! Reformad y reparad la imagen de mi alma tan depravada y perdida.

¡Oh inocentísimo Cordero, con cuánta crueldad fuisteis tratado! Satisfaced por mí, y limpiad con el sacrificio de vuestra sangre esta mi vida tan culpada y toda empleada en ofenderos.

¡Oh Rey de los reyes y Señor de los señores! Yo os suplico con todo mi afecto me concedáis que así como mi alma con dolor y lamentos, en esta ocasión en que os halla tan desechado, os abraza y recoge, así Vos por vuestra misericordia la abracéis con alegría cuando se despidiere del cuerpo, dándole la eterna claridad de la gloria. Amén.

### **Meditación decimotercia**

Sacratísima Virgen: acordaos, os ruego, de aquel dolor superior a toda ponderación que padecisteis cuando, para depositar en el sepulcro el cuerpo sacrosanto de vuestro Hijo, le apartaron como si le arrancaran de vuestro corazón.

De cuando os despedisteis con tanta tristeza del santo sepulcro.

De los pasos que disteis, en este camino, tan lamentables.



De los suspiros de vuestro corazón tristísimo por vuestro Hijo sepultado.

De la constantísima fidelidad y fidelísima constancia con que Vos sola acompañásteis a vuestro Hijo en todas sus angustias y desamparo, hasta dejarle sepultado en el monumento.

## ORACION

Alcanzadme, piísima Madre, de vuestro Hijo querido, que, por los méritos de su Pasión santísima y vuestros inmensos dolores, venza yo todas mis aflicciones y penas, y que merezca vivir escondido y retirado en su glorioso sepulcro de todos los cuidados y ocupaciones temporales; que todo este mundo sea para mí un destierro, de tal suerte que sólo respire y suspire por mi Dios y Redentor, y constantemente persevere en sus alabanzas y servicio vuestro hasta el último aliento de mi vida. Amén Jesús.

# INDICE

	Prólogo .....	5
I	Descúbrese la Eterna Sabiduría .....	6
II	A la Divinidad por la Humanidad .....	9
III	El por qué de la Encarnación y de la Pasión ..	11
IV	Jesús quiere ser imitado en sus sufrimientos ..	13
V	El llanto del alma .....	17
VI	Los consuelos de la Sabiduría .....	20
VII	De la tibieza espiritual .....	23
VIII	Dios o las criaturas .....	25
IX	El engaño de los mundanos .....	26
X	Amores y dulzuras de la Eterna Sabiduría ...	29
XI	Amor singular de Dios a las almas .....	32
XII	Del amor y temor de la Eterna Sabiduría ....	33
XIII	Los indicios de la presencia de Dios .....	37
XIV	La presencia del Señor no puede durar siem- pre .....	38
XV	Las quejas de los hombres .....	40
XVI	Miserias de los mundanos .....	42
XVII	La gloria de los santos .....	43
XVIII	Las cruces que agradan a Dios .....	46
XIX	Las ventajas del sufrimiento .....	49
XX	Utilidad de meditar la Pasión de Cristo .....	51
XXI	La muerte con Jesucristo .....	54
XXII	Propósitos de Cristo en la Cruz .....	58
XXIII	Normas de vida interior .....	60
XXIV	Una muerte inesperada .....	63
XXV	Del Santísimo Sacramento .....	72
XXVI	La preparación para comulgar .....	76
XXVII	La Comunión frecuente .....	78
XXVIII	Las alabanzas divinas .....	80
XXIX	Dios es una esencia simplicísima .....	89
XXX	El hombre debe volver a Dios .....	92
XXXI	La verdadera renuncia de sí mismo .....	95
XXXII	La unión del alma con Dios .....	97
XXXIII	La vida del que se abandona en Dios .....	102

## TRATADO DE LA UNION DEL ALMA CON DIOS

Prólogo .....	109
I La vida interior .....	110
II Reglas de la vida interior .....	113
III La abnegación de la vida interior .....	116
IV Del alma que se abandona en Dios .....	118
V De la perseverancia en el abandono en Dios .	121
VI Las alegrías del alma que medita en Dios ....	124
VII De la Inmensidad de Dios .....	127
VIII De la Santísima Trinidad .....	129
IX El último grado de unión con Dios .....	132
X Elevación y transformación del alma en Dios	134

## COLOQUIO ESPIRITUAL DE LAS NUEVE ROCAS

### LIBRO PRIMERO: VISION DEL MUNDO .....

Introducción .....	141
I Visiones misteriosas .....	141
II Promesa de inteligencia .....	142
III Mandato riguroso de escribirlas .....	144
IV Visión de la montaña .....	145
V Explicación de la visión .....	147
VI Allá abajo en el valle .....	148
VII Visión de los pecados del mundo .....	149
VIII La indignación divina .....	155

### LIBRO II: LAS NUEVE ROCAS

I La visión .....	159
II En la primera roca .....	160
III En la segunda roca .....	163
IV En la roca tercera .....	165
V En la roca cuarta .....	167
VI En la roca quinta .....	169
VII En la roca sexta .....	171
VIII En la roca séptima .....	173
IX En la roca octava .....	174
X En la roca novena .....	177
XI Mirando hacia abajo .....	184
XII La unión con Dios .....	187

MEDITACIONES SOBRE LA PASION DEL SALVADOR .....	191
--	-----